

con más oscuro y sucio del hogar, otro objeto, oscuro también. Le observó de cerca, y reconoció que era un zueco, un asqueroso zueco del palo más grosero y ordinario, medio hecho pedazos, cubierto todo él de ceniza y de lodo seco. Aquel era el zueco de Coseta. Coseta, con esa interesante y amable confianza de la infancia, que puede ser siempre engañada sin que por eso se desaliente jamás, había puesto, ella también, su pobre zueco en la chimenea.

Es en verdad una cosa sublime y tierna á la vez esa esperanza en una criatura que jamás ha conocido otra cosa que la desesperación.

Nada había en aquel zueco.

El forastero se llevó la mano al bolsillo de su chaleco, se inclinó, y depositó en el zueco de Coseta un luis de oro.

En seguida se volvió á su habitación sin hacer sentir sus pasos.

IX

THÉNARDIER PONE MANOS Á LA OBRA

En la madrugada del día siguiente, dos horas, á lo menos, antes de amanecer, el posadero, sentado á una mesa, junto á su vela de sebo, en la sala baja de la taberna, se hallaba confeccionando, con una pluma en la mano, la cuenta que había de presentar al viajero de la levita amarilla.

Á su lado se hallaba la mujer, medio inclinada sobre él, y siguiendo su maniobra con la vista. Ni una sola palabra cambiaban entre sí. Por un lado, era una meditación profunda, y por el otro, aquella admiración religiosa con la cual se mira extasiado nacer y desplegarse una maravilla del espíritu humano. Ya se oía cierto ruido en la casa; era la Calandria que estaba barriendo la escalera.

Después de transcurrir un cuarto de hora largo y de haber hecho diferentes borradores y varias raspaduras, Thénardier produjo al fin la siguiente obra maestra de bodegon-posada:

NOTA DEL SEÑOR DEL N.º 1.

Cena.	3 fr.
Cuarto.	10
Velas de cera.	5
Lumbre.	5
Servicio.	4
TOTAL.	23

Servicio se hallaba escrito *serbisio*.

— ¡Veinte y tres francos! exclamó la mujer con un entusiasmo mezclado de cierta hesitación.

Como sucede á todos los grandes artistas, Thénardier no estaba contento.

— ¡*Peuh!* exclamó encogiéndose de hombros.

Era el acento de Castlereagh al redactar en el congreso de Viena la nota que habia de pagar la Francia.

— Señor Thénardier, tienes mucha razón, bien nos debe él eso, murmuró la mujer, que estaba pensando en la muñeca regalada á Coseta en presencia de sus hijas, es justo, pero se le hará demasiado y no querrá pagarlo.

El Thénardier hizo ver su risita fría, y dijo:

— Si pagará.

Aquella risa era la significación suprema de la certidumbre y de la autoridad. Lo que él decia de aquella manera debia realizarse. Así que la mujer no insistió ya; y se puso á poner en orden las mesas y las sillas. Entre tanto el marido se paseaba á lo largo de la sala. Un instante despues añadió:

— ¡Tambien yo debo mil quinientos francos!

Y fué á sentarse al rincón de la chimenea, meditando, con los piés sobre la ceniza caliente.

— ¡Ah! pero tú no olvidas, repuso la mujer, que yo planto hoy á Coseta en la calle? ¡Ese monstruo! ¡me está

royendo el corazón con su muñeca! ¡Preferiria casarme con Luis XVIII á conserva'la ni un dia más en casa!

Thénardier encendió su pipa y respondió entre dos bocanadas:

— Entregarás la cuenta al hombre.

Y salió en seguida.

Apénas se hallaba él fuera de la sala, cuando el viajero entró.

Thénardier reapareció inmediatamente detras de él, y permaneció inmóvil en la puerta entreabierta, visible solamente para su mujer.

El hombre amarillo llevaba en la mano su baston y su paquete.

— ¡Levantado, tan temprano! dijo la Thénardier, ¿es que usted va á dejarnos ya?

Mientras que decia esto, se enretenia en dar vueltas á la nota entre sus dedos con ademan bastante embarazoso é irresoluto, haciendo en ella dobleces con las uñas. Su semblante, tan duro habitualmente, ofrecia ahora un carácter extraño, la timidez y el escrúpulo.

Presentar semejante nota á un hombre que tenia todas las trazas de « un pobre, » era una cosa que se le resistia bastante.

El viajero, que parecia preocupado y distraido, respondió:

— Si, señora, me marchó.

— ¿No tenia usted, caballero, negocios que evacuar en Montfermeil? añadió la mesonera.

— No, voy de paso por aquí, solamente. — ¿Señora, repuso él, qué es lo que debo?

Sin responder palabra, la Thénardier le entregó la nota doblada.

El hombre desdobló el papel, y le miró; pero su atención se hallaba visiblemente en otra parte.

— ¿Señora, hacen ustedes buenos negocios en Mont fermeil? preguntó el viajero.

— Así, así, caballero, contestó la Thénardier, estupefacta de no encontrarse con alguna explosión.

Y prosiguió con un acento elegíaco y lamentable:

— ¡Oh! señor mio, los tiempos son muy duros! y después, tenemos en nuestro país tan pocas gentes acomodadas! Aquí todos son pobres, como habrá usted notado. ¡Si no tuviéramos así, de vez en cuando, viajeros generosos y ricos como usted!... ¡Tenemos tantas cargas! Figúrese usted, esa chiquita nos cuesta los ojos de la cara.

— ¿Que chiquita?

— ¡Y bien, la chiquita que usted conoce ya! ¡Coseta! la Calendria, como la llaman en el país!

— ¡Ah! dijo el hombre.

Y ella continuó:

¡Qué tontos son estos campesinos con sus apodos! más trazas tiene ella de murciélago que de calandria. Ya usted ve, caballero, nosotros nada pedimos á la caridad, pero tampoco podemos dar nada. Nada es lo que ganamos, y muchísimo lo que tenemos que pagar. ¡La patente, los impuestos, las puertas y ventanas, los céntimos! Usted sabe que el gobierno pide un dineral terrible. Y después, yo tengo mis hijos. No puedo ni debo mantener hijos ajenos,

El hombre contestó, con aquella voz que él se esforzaba por hacer indiferente y en la cual había siempre cierto temblor:

— ¿Y si los desembarazaran á ustedes de ella?

— ¿De quién? ¿de la Coseta?

— Sí.

La caraza encarnada y violenta de la bodegonera se iluminó con una expansión horrible.

— ¡Ah, señor! mi buen señor! dijo, tómela usted, cargue con ella, guárdela, llévesela, azucárela, cómasela y

bébasela, y después, bendíganle á usted Dios y la santa Virgen y todos los santos del paraíso!

— Está dicho.

— ¿De veras, se la llevará usted?

— Me la llevo.

— ¿En seguida?

— En seguida. Llame usted á la niña.

— ¡Coseta! gritó la Thénardier.

— Entre tanto, prosiguió el hombre, voy á pagarle á usted la nota de mi gasto. ¿Cuánto es?

Dirigió una mirada á la cuenta y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

— ¡Veinte y tres francos!

Miró á la mesonera y repitió:

— ¿Veinte y tres francos?

En la pronunciación de estas dos palabras así repetidas notábase el acento que separa al punto de admiración del de interrogación.

La Thénardier había tenido tiempo de prepararse á fin de parar el golpe, y contestó con aplomo:

— ¡Qué quiere usted! sí, señor, son veinte y tres francos.

El forastero puso sobre la mesa cinco monedas de á cinco francos.

— Vaya usted á traerme la niña, dijo en seguida.

En este momento se adelantó Thénardier al medio de la sala y dijo:

— Este caballero debe veinte y seis sueldos.

— ¡Veinte y seis sueldos! exclamó la mujer.

— Veinte sueldos por el cuarto, repuso la Thénardier tranquilamente, y seis sueldos por la cena. En cuanto á la chica, necesito yo platicar sobre eso un rato con el señor. Esposa, dejáelos solos.

La Thénardier tuvo uno de esos deslumbramientos que suelen ocasionar los imprevistos esplendores del genio.

Notó ella que el grande actor entraba en escena, no replicó ni una sola palabra, y salió.

Desde el momento en que se vieron solos, Thénardier ofreció una silla al viajero. El viajero se sentó; el posadero permaneció de pie y su semblante adquirió una rara expresión de sencillez y de bondad.

— Caballero, dijo, confesaré á usted francamente que yo adoro á esa niña.

El forastero le miró con atención, y le replicó:

— Qué niña?

Thénardier continuó:

¡ Es cosa singular! se apega uno así, y toma cariño... ¿ Qué viene á ser todo este dinero? recoja usted sus monedas de cinco francos. Es una niña á quien yo idolatro.

— ¿ Á cuál? preguntó el forastero.

— ¡ Pardiez! ¡ á nuestra Cosetita! ¿ No quería usted llevárnosla? Pues bien, yo le hablo á usted con toda franqueza, tan cierto como que usted es un hombre de bien, que yo no puedo consentirlo. Me haría mucha falta esa niña. ¡ La he visto desde tan pequeña! ¡ Es verdad que ella tiene sus defectos y que nos cuesta bien el dinero; cierto que nosotros no somos ricos, y que sin embargo, he pagado más de cuatrocientos francos de drogas sólo para una de sus enfermedades! Pero también es preciso hacer algo por el amor de Dios. Esa criatura no tiene padre ni madre; yo soy quien la he criado. No me falta pan, gracias á Dios, para ella y para mí. En suma, yo no puedo separarme de esa chica. Usted comprende, eso no se puede remediar, toma uno afección; yo... qué quiere usted, soy un bestia de buena índole; no raciocino; la quiero mucho, á esa chiquita; mi mujer es viva de genio, pero, ¿ nde usted, que ella también la quiere. Es como otra hija nuestra. Yo necesito oírla parlotear en casa.

El viajero no cesaba de mirarle con la mayor atención. Pero él prosiguió:

— Dispense usted, caballero, usted perdonará que le diga que no entrega uno así su niña al primero que pasa. ¿ No es verdad que tengo razón? Con todo, yo no digo, es claro, usted es rico, tiene todas las trazas de ser un sugeto excelente, ¿ si fuera por el bien de ella? pero sería menester saber. ¿ Usted comprende? supongamos que yo la dejara ir, y que hiciera ese sacrificio; querría yo saber adónde va, no quisiera perderla de vista, desearía estar informado de en qué casa se halla la niña, para ir á verla de vez en cuando, que ella sepa que su buen padre, el que la crió, está allí, que vela siempre por su felicidad. En fin, hay cosas que no son posibles. Yo, ni siquiera conozco el nombre de usted. Se la llevaría usted, y yo diría: ¿ Pues y nuestra pobrecita Calandria, adónde habrá ido á parar? Sería preciso, á lo ménos, ver algún papel cualquiera, un simple pasaporte, una garantía, pues, así, para mi tranquilidad.

El forastero, sin dejar de mirarle con esa mirada que va, por decirlo así, hasta al fondo de la conciencia, le respondió con acento grave y firme:

— Señor Thénardier no se trae pasaporte para venir á cinco leguas de París. Si me he de llevar á Coseta, me la llevaré, y nada más. Usted no sabrá mi nombre, ni tampoco cuál es mi morada; no sabrá dónde ella estará, y mi intención es que no le vuelva á ver á usted en la vida. Yo rompo el hilo que la tiene sujeta por los piés, y se marcha. ¿ Le conviene á usted esto? Sí, ó no?

Á la manera que los demonios y los genios reconocían por ciertos signos la presencia de un dios superior, así comprendió Thénardier que tenía que habérselas con un hombre muy fuerte. Esto para él fué como una intuición, comprendiéndolo con su penetración clara y sagaz. La noche anterior, mientras que estaba bebiendo con los car-

reteros, sin dejar de fumar ni de cantar las consabidas coplas, había pasado toda la velada en observar al forastero, acechándole como un gato y estudiándole como un matemático. Hábiale á la vez observado por su propia cuenta, por gusto y por instinto, y espiado como si hubiera pagado para ello. Ni un gesto, ni un solo movimiento del hombre de la levita amarilla se le había escapado. Aún antes de que el desconocido manifestase tan claramente su interés por Coseta, Thénardier lo había ya adivinado; sorprendiendo las profundas miradas de aquel anciano, que siempre iban á fijarse en la niña. ¿Por qué este interés? ¿quién era aquel hombre? ¿por qué, con tanto dinero en el bolsillo, llevaba aquel traje tan miserable? Estas preguntas se las hacía él sin poder responder, lo cual le irritaba en extremo. Toda la noche había cavilado con esto. No podía ser aquel hombre padre de Coseta. ¿Era acaso algún abuelo de la niña? Pero entónces, ¿por qué no darse á conocer en seguida? Cuando se posee un derecho, se muestra y se justifica. Evidentemente aquel hombre no tenía derecho alguno con respecto á Coseta. ¿Entónces, qué será? Thénardier se perdía en suposiciones. Lo entreveía todo, y no veía nada. De todos modos, al entablar conversacion con el hombre, persuadido de que en todo esto había un secreto, seguro de que aquel hombre estaba interesado en permanecer en la sombra, sentíase él fuerte; pero al oír la respuesta terminante y firme del forastero, cuando vió que aquel personaje misterioso era misterioso de una manera tan sencilla, sintióse débil. No esperaba él semejante respuesta, que fué la derrota de todas sus conjeturas. Entónces se puso á coordinar de nuevo sus ideas. Calculó y pesó todo aquello en un segundo; pues Thénardier era uno de esos hombres que de una ojeada juzgan una situación. Creyó, pues, que era llegado el momento de marchar hácia adelante, via recta y de prisa. Obró, como obran los

grandes capitanes en el instante decisivo que sólo ellos saben reconocer; descubrió bruscamente su batería.

— Caballero, dijo, necesito mil quinientos francos.

El forastero sacó del bolsillo una cartera vieja de cuero negro, la abrió y tomó de ella tres billetes de banco que depositó sobre la mesa. En seguida apoyó su vigoroso pulgar sobre aquellos billetes, y dijo al posadero:

— Haga usted venir á Coseta.

Mientras que esto sucedía, ¿que hacía aquella?

Al despertar, Coseta se dirigió corriendo á su zueco de la chimenea, en el cual halló la moneda de oro. No era un napoleon, sino una de esas monedas de veinte francos, enteramente nueva, de la restauracion, en cuya efigie había reemplazado la cola prusiana á la corona de laurel. Coseta quedó deslumbrada. Su destino comenzaba á embriagarla. Ella no sabía lo que era una moneda de oro, jamás había visto ninguna, y la guardó inmediatamente en el bolsillo como si la hubiera robado. Sin embargo, comprendía ella que aquello la pertenecía, adivinaba de dónde la venía aquel regalo, pero experimentaba una especie de alegría llena de miedo. Estaba contenta; estaba sobre todo estupefacta. Aquellas cosas tan magníficas y tan bellas le parecía que no podían ser realidades. La muñeca la daba miedo, y la moneda de oro también. Á la vista de aquellas magnificencias, un vago temblor se apoderaba de ella. Sólo el forastero no la causaba miedo. Al contrario, él la tranquilizaba. Desde la víspera, en medio de sus asombros, en medio de su sueño, cavilaba en su espíritu infantil con aquel anciano que tenía el aspecto tan pobre y tan triste, y que era tan rico y tan bueno. Desde el momento en que había encontrado á aquel buen hombre en el bosque, todo había cambiado para ella. Coseta, ménos dichosa que la menor golondrina del cielo, no había sabido nunca lo que es el refugiarse á la sombra de su madre y bajo un ala

protectora. Hacía cinco años, es decir, tan léjos como podían elevarse sus recuerdos, que la pobre niña tritaba y se estremecía. Siempre había estado desnuda y expuesta al cierzo inclemente de la desgracia; ahora le parecía que se hallaba vestida. En otro tiempo su alma tenía frío, ahora el calor la vivificaba. — Ya no tenía Coseta tanto miedo á la Thénardier. Y es que no estaba ya sola; álguien se hallaba á su lado.

Había emprendido con mucha prisa su faena de todas las mañanas. Aquel luis que llevaba consigo, en el mismo bolsillo de su delantal de donde habían caído la víspera los quince sueldos, la ocasionaba ciertas distracciones. Ella no se atrevía á tocarle, pero pasaba sus cinco minutos á veces contemplándole, y preciso es añadir, sacando la lengua. Mientras barria la escalera, se detenía, y permanecía inmóvil, olvidando su escoba y el universo entero, ocupada en mirar aquella estrella que brillaba en el fondo de su bolsillo.

En una de estas contemplaciones se hallaba cuando vino la Thénardier á buscarla.

Obedeciendo á la órden de su marido, había ido á llamarla; y cosa inaudita, no la sacudió ningun mojicon ni la lanzó ninguna injuria.

— Coseta, dijo casi con amabilidad, ven en seguida.

Á los pocos instantes, Coseta entraba en la sala baja.

El forastero tomó el paquete que había traído y le desató. Este paquete contenía un vestidito de lana, un delantal, un jubon de estameña, un refajo, un pañuelo para el cuello, medias de lana, zapatos, un traje completo para una niña de siete años. Todo esto era negro.

— Hija mia, dijo el hombre, toma esto y ve corriendo á vestirme

Despuntaba la aurora cuando los habitantes de Montfermeil que empezaban ya á abrir sus puertas vieron

pasar por la calle de Paris á un buen hombre, pobremente vestido, conduciendo de la mano á una niña vestida de luto que llevaba en sus brazos una muñeca color de rosa. Dirigíanse hácia el lado de Livry.

Eran nuestro hombre y Coseta.

Nadie conocía al hombre; y como Coseta no iba ya arrajosa, muchos no la reconocían.

Coseta se marchaba. ¿ Con quién? lo ignoraba. ¿ Adónde? no lo sabía. Todo lo que ella podía comprender, es que dejaba tras sí el bodegon Thénardier. Nadie había pensado en despedirse de ella, ni ella tampoco pensó en despedirse de nadie. Salía de aquella casa, aborrecida y aborreciendo.

¡ Pobre y débil criatura, cuyo corazón había sido siempre comprimido hasta entónces!

Coseta iba andando con cierta gravedad, abriendo sus grandes ojos y considerando el cielo. Había trasladado su luis al bolsillo del delantal nuevo. De vez en cuando se inclinaba y le dirigía una mirada, mirando despues al buen hombre. Experimentaba algo como si se hallara cerca del mismo Dios.